

La sociedad norteamericana gusta de contemplarse en el espejo de la abundancia, posando con sus mejores galas entre los resplandecientes atributos de la opulencia: enormes cadillacs, lujosas piscinas teñidas de azul, gigantes *steaks*, refinados electrodomésticos. (Y también —hay que decirlo todo— admirables museos, orquestas sinfónicas, bibliotecas...) Pero hay en algunas zonas de esa brillante superficie, el cristal ha perdido el azogue y permite apreciar el curioso paisaje del fondo: el espejo está apoyado sobre una sombría zona de miseria, ya entrevista por mí en muchas ocasiones, e iluminada ahora sorprendentemente por una serie de reportajes acerca de la pobreza en New México publicados en el *Albuquerque Journal*, periódico que leo todas las mañanas.

Justo es reconocer que en la parte que corresponde a New México el azogue presenta grietas bastante notables; aquí, la quinta parte de la población se mueve —mejor sería decir: está paralizada— en el área de la pobreza, circunstancia que hace pensar a algunos sociólogos que en este extenso y despoblado Estado —poco más pequeño que la España peninsular, un millón de habitantes— las condiciones de vida son equiparables en ciertos aspectos a las del llamado Tercer Mundo. En otras cosas, no; pero en materia de pobreza New México supera con mucho al resto de los EE.UU., cuyos ciudadanos pobres —casi veintiséis millones— constituyen "sólo" la octava parte de la población total. Quizá les asombre saber esto: en el glorioso y festejado año del bicentenario había en USA dos millones y medio de pobres más que en 1975; considerable progreso que se expone con detalle en un reciente informe oficial emitido en Washington por el *Census Bureau*. (Cito la fuente para que no se me califique de tendencioso.)

Como ha sucedido con tantas otras experiencias negativas o situaciones peligrosas, a la sociedad americana le resulta más rentable asimilar la pobreza que eliminarla. La presencia de los pobres, antes que un fracaso del capitalismo, evidencia una falla ética irreparable, congénita. Si quisiese, la Administración americana sería capaz de acabar con la pobreza; pero no le interesa, evidentemente. En el período 1974-75, según lei en la aludida serie de reportajes, los economistas dedicaron la mayor parte de su tiempo no a encontrar el modo de eliminar el paro, sino a determinar la cifra de parados más conveniente para frenar la inflación. Para eso, y para otros fines, disponer de una cantidad adecuada de pobres puede ser provechoso; dicho con las mismas palabras —críticas, no simplemente cínicas— de un funcionario del *Economic Opportunity Board*, en los EE.UU. "los

pobres son un buen negocio".

Pensándolo bien, pensando con mentalidad capitalista, es útil tener algunos pobres cerca de casa, no sólo para alquilarlos por horas, sino para demostrar que los pobres son pobres porque son menos cultos e inteligentes y más sucios y perezosos que los ricos (con lo cual se legaliza moralmente al millonario co-

la mano con dureza, y dar ejemplo, y echarles encima perros policías, y jueces, y cadenas en cuanto se desmanden; así se demuestra que la justicia puede ser ciega pero no tonta, teorema que sin duda refuerza la salud espiritual de las comunidades respetables.

Pero, a mi modo de ver, la mayor utilidad de los pobres se deriva

iguales en todas partes: en Persia, en Brasil, en USA. Pero los pobres, no. "Dime con qué pobre andas, y te diré cuán rico eres": he ahí una gran verdad. No la cantidad: la calidad de sus pobres es lo que distingue a los Estados prósperos. Los pobres yanquis son en cierto modo pobres imperialistas, participan de alguna manera de las limosnas que no reciben los pobres del Tercer Mundo. Eso les confiere peculiaridades extraordinarias, y esas peculiaridades son las que, para muchos, configuran definitivamente a los EE.UU. como "un gran país".

Por ejemplo, según se deduce de la información facilitada por el *Albuquerque Journal*, los pobres *made in USA* no necesitan zapatos, sino automóviles; no los consume el hambre, sino el aburrimiento; tienen, en fin, donde caerse muertos —grandes cárceles que se están quedando pequeñas—, aunque carezcan de lugares idóneos para practicar la vida social. Por extraño que resulte, esas extravagantes conclusiones no están muy lejos de la realidad.

En un país donde poquitas ciudades cuentan con servicios públicos de transporte medianamente eficaces, los pobres de a pie ni siquiera pueden albergar la esperanza de encontrar un mal trabajo que —naturalmente— nunca los va a sacar de pobres, pero que les permitiría trampear con mejor fortuna hasta que suceda algo —generalmente peor—. Es más: dadas las pésimas condiciones de sus viviendas —muchas sin agua corriente ni electricidad—, el coche es el lugar más cómodo del que disponen para dormir o para recibir visitas durante el invierno. Sin coche, a los pobres yanquis les resulta difícil hasta ejercer la mendicidad. Así, el único recurso que les queda es sentarse en el barrio al borde de una acera y esperar por cbsas que llegan tarde, mal, o nunca; el cheque de la Seguridad Social (que les abre cada mañana un maravilloso mundo de posibilidades, reducidas —según el tan citado *Journal*— a dos opciones principales: desayunar o pagar el alquiler), sellos para canjear por comida, y otras promesas semejantes de lento cumplimiento. En esas circunstancias, los pobres se aburren. No es de extrañar, por lo tanto, que se pasen las horas muertas aspirando las emanaciones tóxicas de determinados botes de pintura —alucinante sinestesia que hubiese hecho las delicias de Rimbaud: ¡oler colores!—, y que después, aunque sólo sea para divertirse, se dediquen a practicar el robo con fractura —de ventanas o de cráneos, da lo mismo— o a violar a alguna o algún transeúnte del atardecer.

Al otro lado del brillante espejo, ese panorama sombrío y peligroso —cuidado, imprudentes Alicia— resulta por contraste todavía más dramático y desolador. ■ ANGEL GONZALEZ



A la sociedad norteamericana le resulta más rentable asimilar la pobreza que eliminarla.

## Los pobres en el país de las maravillas

mo institución de origen divino, y se tranquiliza de paso a los elefantes, a los que ninguna maldición bíblica les impedirá ya pasar por el ojo de una aguja). Tampoco es desdeñable la posibilidad de disponer de semejantes seres para sentarles

de un hecho cuya trascendencia sólo ahora he llegado a comprender: los pobres son el fiel contraste de la riqueza. La opulencia de las naciones se advierte menos en la riqueza de los ricos que en la pobreza de los pobres. Los ricos son